

LECTIO DIVINA

6 de julio 2025

XIV DOMINGO ORDINARIO**Oremos por las vocaciones sacerdotales, especialmente para los Scalabrinianos.****Is 66,10-14****Sal 65****Gal 6,14-18****Lc 10,1-12. 17-20**

En las lecturas litúrgicas del decimocuarto Domingo del Tiempo Ordinario, prevalece el tema del «envío»: Dios elige a las personas, les confía una misión y las envía al mundo y a la humanidad. Estos «enviados» actúan en nombre de Dios y están llamados a dar testimonio, entre sus hermanos, del plan que Dios tiene para la humanidad y el mundo.

El Evangelio nos dice que Jesús, camino a Jerusalén, envió a setenta y dos discípulos delante de él, «a cada ciudad y lugar adonde iba a ir». La misión de estos discípulos es la misma que la de Jesús: proclamar la Buena Nueva del Reino de Dios y sanar a todos los heridos por las dificultades de la vida o por la maldad de los hombres. A través de la acción de los «enviados» de Jesús, se concreta la victoria del Reino de Dios sobre todo lo que oprime y esclaviza a los seres humanos.

En la primera lectura, un profeta anónimo, enviado a los desanimados habitantes de Jerusalén, proclama el amor paternal de Dios por su pueblo. El profeta es siempre un «enviado» de Dios, a través del cual Dios consuela a sus hijos, los libera del miedo y los invita a la esperanza del nuevo mundo que está por venir.

En la segunda lectura, el apóstol Pablo indica, basándose en su propia experiencia, cuál debe ser la primera preocupación del «enviado» de Jesús. En el centro del testimonio de cualquier «enviado» debe estar la cruz de Jesús: la forma en que amó, hasta el extremo de dar su vida por todos. Pablo, por su parte, ha procurado llevar a cabo esta misión. Las heridas que recibió por su servicio al Evangelio lo demuestran.

Isaías 66, 10-14

Alégrense con Jerusalén, gocen con ella todos los que la aman, alégrense de su alegría todos los que por ella llevaron luto, para que se alimenten de sus pechos, se llenen de sus consuelos y se deleiten con la abundancia de su gloria.

Porque dice el Señor: “Yo haré correr la paz sobre ella como un río y la gloria de las naciones como un torrente desbordado. Como niños serán llevados en el regazo y acariciados sobre sus rodillas; como un hijo a quien su madre consuela, así los consolaré yo. En Jerusalén serán ustedes consolados.

Al ver esto se alegrará su corazón y sus huesos florecerán como un prado. Y los siervos del Señor conocerán su poder’’. Palabra de Dios

CONTEXTO

En los capítulos 56 a 66 del Libro de Isaías (el “Trito-Isaías”) encontramos una colección de textos, probablemente de diferentes autores, escritos en Jerusalén durante el período postexílico. El poema que la liturgia de este segundo domingo del Tiempo Ordinario nos presenta como primera lectura pertenece a esta colección.

Para quienes regresaron del exilio en Babilonia, estos son tiempos difíciles e inciertos. La población de la ciudad es pequeña y pobre; la reconstrucción es lenta, modesta y requiere un gran esfuerzo; los enemigos acechan y continuamente hacen sentir su hostilidad; hay tensión en el ambiente entre quienes regresaron de Babilonia y quienes permanecieron en la ciudad. Poco a poco, con la reorganización de la estructura social, regresan las injusticias de los poderosos contra los débiles y pobres, así como la corrupción, la venalidad y la arrogancia de los líderes. El clima es de frustración y desánimo. Las promesas de Dios, escuchadas en la fase final del exilio, parecen muy lejanas.

Los profetas que llevan a cabo su misión en esta fase buscan renovar la esperanza del pueblo de Judá en un futuro de vida plena y salvación definitiva. En este sentido, hablarán de un tiempo en el que Dios volverá a residir en Jerusalén, ofreciendo a su pueblo vida y salvación cada día. Esta «salvación» implicará no solo la reconstrucción de Jerusalén y la restauración de las glorias pasadas, sino también la liberación de los pobres, los oprimidos, los débiles y los marginados.

Es en este contexto que podemos situar el hermoso poema de Is 66,7-14, del cual forma parte nuestro texto. El profeta dirige palabras de consuelo e invita a los habitantes de Jerusalén a la alegría, porque llegará un nuevo tiempo, por iniciativa de Dios.

MENSAJE

Jerusalén, la ciudad destruida e incendiada que parecía una viuda vestida de luto, se convertirá en una madre cariñosa y generosa que alimenta a sus hijos que han regresado del exilio y los cuida con el amor que solo las madres saben ofrecer (v. 10). El cuidado maternal que la madre/Jerusalén brindará a sus “hijos” hambrientos y debilitados se describe con fuertes imágenes que sugieren fertilidad y vida abundante: de los espléndidos pechos de la madre, los niños podrán beber leche abundante hasta saciarse (v. 11).

Sin embargo, es Dios quien está detrás de esta corriente de vida que revitalizará a los “hijos” de Jerusalén. Dios hará fluir la paz como un río y ofrecerá a su pueblo prosperidad, abundancia, riqueza, seguridad y vida eterna (v. 12). Dios es como una madre que cuida a sus hijos, los acaricia, los consuela, los alimenta y les ofrece vida abundante (v.13). El amor de una madre nunca falla; el amor de Dios tampoco fallará.

Deleitados por la ternura de Dios, los niños sentirán una alegría incontenible que les acelerará el corazón; y adquirirán la fuerza necesaria para afrontar todas las vicisitudes y preocupaciones que la vida les depare (v. 14).

En esta imagen que compara a Dios con una madre llena de amor por sus hijos, encontramos, sin duda, uno de los puntos culminantes de la revelación de Dios en el Antiguo Testamento.

ACTUALIZACION

*Las palabras de consuelo que Dios dirige a los hijos de Jerusalén en este texto llegan a sus destinatarios a través de la voz de un profeta cuyo nombre desconocemos, pero que fue un signo vivo de Dios en medio de su pueblo. Esta manera que Dios tiene de llegar al corazón de sus hijos se repite incesantemente en la historia de la humanidad: es a través de sus profetas que enjuga lágrimas, consuela corazones heridos, sacia a los hambrientos, libera del miedo, salva de la muerte y muestra su preocupación y su amor. Hoy, en este tiempo de tanta decepción y confusión, muchos hijos de Dios caminan en la oscuridad y se sienten abandonados por Dios y por los hombres. Necesitan escuchar la Buena Nueva de la salvación y experimentar el amor maternal y paternal de Dios. ¿Puede Dios contar con nosotros para ser profetas de su amor por nuestros hermanos y hermanas? ¿Estamos dispuestos a dar testimonio, con palabras y acciones concretas, de la grandeza del amor de Dios por todos sus hijos?

*¿Cómo vemos a Dios? ¿Qué imagen tenemos de él? Hay muchos hombres y mujeres que ven a Dios como una entidad distante, misteriosa y severa, a la que debemos acercarnos con infinito cuidado, haciendo todo lo posible para no faltarle el respeto a su grandeza y omnipotencia... Sin embargo, en la primera lectura que nos ofrece la liturgia de este domingo, Dios se presenta como una madre que ama a sus hijos con ternura, que los toma en brazos, que los acaricia sobre sus rodillas, que los anima y los consuela. Ahora bien, un amor así no tiene nada de distante, severo, austero, castigador ni exigente... Es un amor inquebrantable e infinito que se expresa en ternura y afecto, como el amor de una madre; es un amor que antepone la vida y la felicidad de sus hijos a todo lo demás. ¿Es este el Dios en el que creemos? ¿Es este el Dios que proclamamos y del que damos testimonio a nuestros hermanos y hermanas que se cruzan en nuestro camino cada día?

*Por boca del profeta, Dios invita a los «hijos de Jerusalén» a la alegría. Quienes son amados como ellos no pueden dejarse vencer por la tristeza, la angustia y el miedo. El amor de Dios por sus hijos es infinitamente más fuerte que el mal, las mentiras, el sufrimiento y las desgracias que nos azotan en

algunos de los momentos más oscuros de nuestro camino. ¿Vivimos, queridos y amados hijos de Dios, iluminados por la alegría o abrumados por el peso de la angustia? ¿Somos testigos de la alegría y la esperanza entre nuestros hermanos?

Salmo 61

R. Las obras del Señor son admirables.

Que aclame al Señor toda la tierra;
celebre su gloria y su poder,
cantemos un himno de alabanza,
digamos al Señor: “Tu obra es admirable”.

R. Las obras del Señor son admirables.

Que se postre ante ti la tierra entera
y celebre con cánticos tu nombre.
Admiremos las obras del Señor,
los prodigios que ha hecho por los hombres.

R. Las obras del Señor son admirables.

El transformó el mar Rojo en tierra firme

y los hizo cruzar el Jordan a pie enjuto.

Llenémonos por eso de gozo y gratitud:

El Señor es eterno y poderoso.

R. Las obras del Señor son admirables.

Cuantos temen a Dios vengan y escuchen,
y les diré lo que ha hecho por mí.

Bendito sea Dios que no rechazó mi súplica,
ni me retiró su gracia.

R. Las obras del Señor son admirables.

Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Dichoso el hombre que se refugia en él. R.

R. El Señor me libró de todos mis temores

Gálatas 6, 14-18

Hermanos: No permita Dios que yo me gloríe en algo que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesús de nada vale el estar circuncidado o no, sino el ser una nueva creatura.

Para todos los que vivan conforme a esta norma y también para el verdadero Israel, la paz y la misericordia de Dios. De ahora en adelante, que nadie me ponga más obstáculos, porque llevo en mi cuerpo la marca de los sufrimientos que he pasado por Cristo.

Hermanos, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con ustedes. Amén. Palabra de Dios.

CONTEXTO

Galacia era una región de Anatolia central, en la actual Turquía. Recibió este nombre debido a los inmigrantes galos que llegaron allí a principios del siglo III a. C. En la época de Pablo, Galacia era una provincia del Imperio romano.

Según el libro de los Hechos de los Apóstoles, Pablo cruzó las tierras de Galacia en más de una ocasión. En su primer viaje apostólico, Pablo y Bernabé evangelizaron el sur de la provincia romana de Galacia: Pisidia, Licaonia y Frigia (cf. Hch 13:14-25). Sin embargo, fue en su segundo y tercer viaje misionero que Pablo estableció vínculos con la gente del norte de Galacia (cf. Hch 16:6; 18:23), lo que dio lugar al nacimiento de varias comunidades cristianas en la región.

La Carta a los Gálatas sugiere que el apóstol, durante una de sus visitas a Galacia, se detuvo un tiempo en la región debido a un problema de salud (cf. Gál 4:13). Acogido por la generosa hospitalidad de la gente de la región, Pablo les proclamó el Evangelio. Varias comunidades cristianas surgieron a raíz de su proclamación. Sin embargo, Pablo no tuvo la oportunidad de permanecer mucho tiempo entre los gálatas, dejándolos con una preparación cristiana insuficiente. Habría sido durante su tercer viaje misionero que Pablo escribió a los gálatas, instruyéndolos sobre diversos asuntos de fe. Esto ocurrió alrededor del año 56-57, poco antes de la redacción de la Carta a los Romanos.

Pablo se encontraba en Éfeso o Corinto cuando supo que algunos predicadores cristianos habían visitado las comunidades cristianas de Galacia e insistido en la necesidad de que todos los cristianos se sometieran a diversas prácticas de la Ley de Moisés (cf. Gálatas 3:2; 4:21; 5:4), en particular la circuncisión (cf. Gálatas 2:3-4; 5:2; 6:12). Pablo, apoyado por las decisiones del Concilio de Jerusalén (cf. Hch 15,22-29), consideraba que el cumplimiento de las tradiciones judías no era necesario para adherirse a Cristo. La Ley Mosaica había sido reemplazada por la novedad de Jesús. Para ser cristiano, bastaba creer en Jesús y su Evangelio. Esta fue la razón fundamental que impulsó a Pablo a escribir la carta a los Gálatas. En ella, Pablo pedía a sus amados hijos de Galacia que no se dejaran engañar por los judaizantes

y los exhortaba a no dejarse esclavizar por la Ley de Moisés. Nuestro texto forma parte de la conclusión de la carta (cf. Gá 6,11-18). Es una especie de conclusión, en la que Pablo resume todos sus argumentos previos sobre Cristo, la Ley y la salvación.

MENSAJE

En opinión de Pablo, los «judaizantes» (aquellos predicadores que querían obligar a los gálatas a observar las prescripciones de la Ley de Moisés) estaban impulsados por dos grandes preocupaciones. La primera era evitar la persecución (v.12): si la Iglesia nacida de Jesús mantenía las prácticas judías, sería considerada por las autoridades romanas como una simple rama del judaísmo, con el estatus de «religión legal»; por lo tanto, no sería perseguida por el imperio.

La segunda era darse a conocer: al demostrar el éxito de su proselitismo (el «prosélito» era un pagano convertido a la observancia de la fe judía), serían muy apreciados en los círculos judíos (v. 13).

Sin embargo, estas razones no le importaban a Pablo. A Pablo no le preocupaba evitar la persecución, ni tampoco el aplauso humano. El único título de gloria que le interesaba al apóstol era la cruz del Señor Jesucristo (v. 14). Pablo es consciente de que la salvación del hombre proviene de Cristo, de su entrega por amor, del don de sí mismo que realizó en la cruz. Por eso, Pablo no predica la circuncisión ni otras prácticas de la Ley judía; predica la victoria de la cruz. De la cruz, del don de sí mismo, del amor extremo, brota la verdadera vida. De la cruz de Jesús, de su amor, de su entrega, nace una nueva humanidad, una nueva creación (v. 15).

Aquí Pablo inaugura uno de sus temas favoritos, al que volverá en cartas posteriores (especialmente en Romanos, Efesios y Colosenses): el tema del Hombre Nuevo. Desde la perspectiva paulina, la identificación del cristiano con el Cristo de la cruz, es decir, con el Cristo del amor extremo, hará posible el surgimiento de un Hombre Nuevo, liberado del egoísmo y el egocentrismo, capaz de amar sin medida. Este Hombre Nuevo, hecho a imagen de Cristo, superará el egoísmo, la autosuficiencia, el orgullo, el pecado y la muerte. Con él, la «nueva creación» irrumpirá en la historia; este hombre transformado por el amor señalará el nuevo mundo de vida plena y felicidad sin fin.

Pablo, por su parte, lucha personalmente por alcanzar esta meta. De hecho, ya lleva «las marcas de Jesús en su cuerpo» (v. 17). Esta indicación no parece referirse a los signos físicos de la pasión de Jesús («estigmas»), sino a las cicatrices reales dejadas por las heridas que Pablo recibió en el ejercicio de su apostolado. En la sociedad grecorromana, cada esclavo llevaba una marca como signo de su pertenencia a un dueño específico; del mismo modo, las marcas de su sufrimiento por el Evangelio muestran que Pablo pertenece a Cristo, que es su propiedad: con ellas, Pablo demuestra su pertenencia inalienable a este Cristo cuyo amor se entregó en la cruz; con ellas, Pablo afirma su voluntad de vivir como Cristo y de poner su vida al servicio del Evangelio y de sus hermanos.

El saludo final (*“Hermanos, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con ustedes. Amén”* – v. 18), constituye una llamada a la comunión y expresa la esperanza del apóstol en el restablecimiento de la fraternidad.

ACTUALIZACION

+ Pablo de Tarso, enamorado de Cristo, dedicó toda su vida a dar testimonio del Evangelio. Vivió su misión con radicalidad, con total dedicación. Afrontó toda oposición e incomprensión, porque Cristo se convirtió, para él, en *«el tesoro más valioso»*, por el que vale la pena renunciar a todo lo demás. Estamos acostumbrados a ver a Pablo como un caso excepcional, único e irrepetible; sentimos que un compromiso tan radical y completo con Cristo no es precisamente para nosotros... Es cierto que cada cristiano tendrá su propia manera de seguir a Jesús; pero, sean cuales sean los «paisajes» y los contextos en los que transcurra nuestra vida, estamos llamados a dar testimonio del Evangelio de Jesús y a decir a la gente que solo del don de la vida, del amor extremo, nace el Hombre Nuevo. ¿Sentimos que este es nuestro camino, nuestra vocación fundamental? Como Pablo, ¿estamos dispuestos a afrontar la incomprensión del mundo para que la propuesta de Jesús llegue al corazón y a la vida de nuestros contemporáneos?

+En su carta a los Gálatas, Pablo menciona el caso de predicadores cristianos (los «judaizantes») que se jactaban de su fidelidad a las tradiciones judías y a la Ley de Moisés. Consideraban, entre otras

cosas, que la circuncisión era la marca de su pertenencia al pueblo de Dios. Esperaban ser apreciados y elogiados por estas señales externas que, según ellos, demostraban la fe que los inspiraba. Ante esto, Pablo declara que de lo único que se jacta es de la cruz de Cristo. Solo le interesa ser un heraldo de aquel hombre que, muriendo en la cruz, enseñó a sus discípulos a hacer de sus vidas una entrega de amor. Esta situación puede ser una invitación a reflexionar sobre lo que constituye la esencia de nuestra experiencia de fe, de nuestra identidad como cristianos. ¿Es un discípulo de Cristo alguien que destaca por su ropa, la cruz que lleva al cuello, el papel que alguien le firmó el día de su bautismo, los rituales que realiza, la observancia de ciertas leyes canónicas, o es alguien que destaca por su identificación con Cristo: con el Cristo del amor, de la entrega, del don de la vida?

+En relación con la reflexión de Pablo sobre los «títulos de gloria» que deberían interesar a un discípulo de Jesús, podemos preguntarnos sobre los valores sobre los que construimos nuestro proyecto de vida. Influyentes y líderes de opinión nos dicen a diario qué valores debemos mantener para tener éxito, ser socialmente respetados, triunfar... Sabemos, sin embargo, que en muchos casos estos valores están en flagrante contradicción con el Evangelio de Jesús. ¿Cuáles son los «títulos de gloria» que valoramos? ¿Cuáles son los valores sobre los que basamos la construcción de nuestra vida?

Lucas 10, 1-12. 17-20

En aquel tiempo, Jesús designó a otros setenta y dos discípulos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares a donde pensaba ir, y les dijo: “La cosecha es mucha y los trabajadores pocos. Rueguen, por lo tanto, al dueño de la mies que envíe trabajadores a sus campos. Pónganse en camino; yo los envío como corderos en medio de lobos. No lleven ni dinero, ni morral, ni sandalias y no se detengan a saludar a nadie por el camino. Cuando entren en una casa digan: ‘Que la paz reine en esta casa’. Y si allí hay gente amante de la paz, el deseo de paz de ustedes se cumplirá; si no, no se cumplirá. Quédense en esa casa. Coman y beban de lo que tengan, porque el trabajador tiene derecho a su salario. No anden de casa en casa. En cualquier ciudad donde entren y los reciban, coman lo que les den. Curen a los enfermos que haya y díganles: ‘Ya se acerca a ustedes el Reino de Dios’.

Pero si entran en una ciudad y no los reciben, salgan por las calles y digan: ‘Hasta el polvo de esta ciudad, que se nos ha pegado a los pies nos lo sacudimos, en señal de protesta contra ustedes. De todos modos, sepan que el Reino de Dios está cerca’. Yo les digo que en el día del juicio, Sodoma será tratada con menos rigor que esa ciudad”.

Los setenta y dos discípulos regresaron llenos de alegría y le dijeron a Jesús: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”.

Él les contestó: “Vi a Satanás caer del cielo como el rayo. A ustedes les he dado poder para aplastar serpientes y escorpiones y para vencer toda la fuerza del enemigo, y nada les podrá hacer daño. Pero no se alegren de que los demonios se les someten. Alégrense más bien de que sus nombres están escritos en el cielo”. **Palabra del Señor**

CONTEXTO

El Evangelio de este domingo nos sitúa en el viaje de Jesús a Jerusalén. Sin embargo, no se identifica el lugar exacto donde se habría desarrollado la escena descrita.

Durante algún tiempo, Jesús había estado proclamando el Reino de Dios en los pueblos y aldeas de Galilea. Esta etapa estaba completa. Para que el plan de Dios se cumpliera, era necesario dar el siguiente paso. Ese paso sería ir a Jerusalén, confrontar a las autoridades religiosas judías y desafiarlas a acoger el Reino de Dios. Según la tradición judía, fue en Jerusalén donde el Mesías se manifestaría a Israel y presentaría su propuesta liberadora al pueblo de Dios. Jerusalén era, por lo tanto, el «lugar» donde la salvación de Dios irrumpiría en la historia de la humanidad. De hecho, en la segunda parte de su obra (los «Hechos de los Apóstoles»), Lucas relatará cómo esta salvación, traída por los discípulos, alcanzará a todas las naciones y a todos los pueblos.

Así pues, Jesús, rodeado de sus discípulos, emprendió el camino hacia Jerusalén. El viaje a Jerusalén, tan importante en el proyecto teológico de Lucas (cf. Lc 9,51-19,28), es más que un viaje geográfico; es un viaje espiritual y teológico. A lo largo de este viaje, Jesús confronta a los discípulos con la lógi-

ca del Reino de Dios y los desafía a adherirse plenamente a este proyecto. A lo largo del camino, los discípulos crecen en la fe y consolidan su adhesión a Jesús. Aprenden a desprenderse de sus proyectos personales y de sus sueños de grandeza humana para abrazar los valores del Reino. El viaje a Jerusalén fue la «escuela» que preparó a los discípulos para ser, tras la muerte y resurrección de Jesús, testigos del Reino de Dios en toda la tierra.

El relato del envío de los setenta y dos discípulos en misión, al que se hace referencia en este contexto del viaje a Jerusalén, es una tradición exclusiva de Lucas. Sería una historia extraña e inesperada si la viéramos como un relato fáctico de los acontecimientos: ¿de dónde vienen estos setenta y dos discípulos, que no son nombrados ni por Mateo ni por Marcos y que aparecen aquí de repente, de la nada? Probablemente deberíamos entender este texto como una catequesis. Lucas habría representado, en este grupo, a los discípulos de todos los tiempos, que caminan con Jesús y a quienes Jesús envía al mundo a proclamar el Evangelio.

Contexto literario e histórico

Un poco antes de nuestro texto, en Lucas 9,51, empieza la segunda etapa de la actividad de Jesús, a saber, un largo camino a Jerusalén (Lc 9,51 a 19,29). La primera etapa tuvo lugar en Galilea y comenzó con la presentación del programa de Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,14-21). En la segunda etapa, entra en Samaría, envía mensajeros delante de Él (Lc 9,52), y consigue nuevos discípulos (Lc 9,57-62). La segunda etapa comienza con la designación de otros 72 discípulos y con la presentación del programa que debe orientarlos en la acción misionera (Lc 10,1-16). Lucas sugiere así que estos nuevos discípulos no son ya galileos, sino samaritanos, el territorio de los excluidos. El objetivo de la misión que los discípulos reciben es la reconstrucción de la vida comunitaria. En tiempos de Jesús existían varios movimientos que, como Jesús, intentaban un nuevo modo de vivir y convivir: Fariseos, esenios, zelotas, Juan Bautista y otros. Muchos de ellos formaban una comunidad de discípulos (Jn 1,35; Lc 11,1; Act 19, 3) y tenían sus misioneros (Mc 23,15). Pero había una gran diferencia. Las comunidades de los fariseos, por ejemplo, vivían separados de las gentes. Las comunidades que seguían a Jesús vivían en medio de la gente. La propuesta de Jesús para los 72 discípulos rescata los antiguos valores comunitarios que se estaban perdiendo, como por ejemplo, la hospitalidad, la acogida, el compartir, la comunión alrededor de la mesas, la acogida de los marginados. Jesús intenta renovar y reorganizar las comunidades, de modo que sean de nuevo una expresión de la Alianza, una expresión del Reino de Dios.

MENSAJE

El texto consta de dos partes. En la primera (vv. 1-12), Lucas narra el envío de los setenta y dos discípulos; en la segunda, describe el regreso de los discípulos y las palabras con las que Jesús comentó sobre la labor misionera que realizaban (vv. 17-20).

La primera indicación se refiere al número de discípulos involucrados en la misión: setenta y dos, elegidos por Jesús (v. 1a). Se trata, evidentemente, de un número simbólico, que debe compararse con Génesis 10 (en la versión griega del Antiguo Testamento), donde este número se refiere a todas las naciones paganas que habitan la tierra. El número de los «enviados» sugiere, por lo tanto, que la propuesta de Jesús es universal, dirigida a todos los pueblos de la tierra.

Lucas menciona luego que los discípulos fueron enviados de dos en dos (v. 1b). Viajar en compañía era casi un requisito para los antiguos viajeros: les permitía ayudarse mutuamente en el camino y afrontar los ataques de los malhechores con cierta probabilidad de éxito. Aquí, sin embargo, podemos referirnos a la validez del testimonio que los enviados están llamados a dar: la ley judía establecía que «*un solo testimonio no basta; solo con el testimonio de dos o tres testigos se juzgará un caso*» (Dt 19,15). Esto también podría sugerir, en la catequesis de Lucas, que la proclamación del Evangelio es una tarea comunitaria, que no se realiza por iniciativa propia, sino en comunión con los hermanos.

Lucas también indica que los discípulos son enviados a los pueblos y lugares adonde Jesús «debía ir» (v. 1c). Probablemente, la intención es decir que la misión de los discípulos es colaborar con Jesús y llevar la Buena Nueva de Jesús a todos los lugares donde debe llegar la propuesta de salvación de Dios.

Al mismo tiempo, se sugiere que la tarea de los discípulos no es predicar su propio mensaje, sino preparar el camino para Jesús y dar testimonio de él.

Antes de que los setenta y dos discípulos emprendieran su viaje, Jesús les da una serie de instrucciones, utilizando imágenes del campo, sobre cómo debían abordar y llevar a cabo su misión. En primer lugar, les advierte de la dificultad de la misión: los discípulos son enviados «*como corderos en medio de lobos*» (v. 3). Esta imagen, que en el Antiguo Testamento describe la situación del justo, perdido entre los paganos (cf. Ben Sira 13,17; en algunas versiones, aparece en 13,21). Aquí, expresa la situación del discípulo fiel, que a menudo debe enfrentarse a la hostilidad y la persecución debido al testimonio que está llamado a dar. La misión de los discípulos es peligrosa, y puede llevar a la cruz.

Jesús define entonces con detalle cómo deben actuar los discípulos durante su misión: no deben llevar bolsa, alforja ni sandalias; no deben detenerse a saludar a nadie por el camino (v. 4); no deben ir de casa en casa (v. 7). La instrucción de no llevar nada para el viaje sugiere que el poder del Evangelio no reside en los medios materiales, sino en el poder liberador de la Palabra; la instrucción de no saludar a nadie por el camino indica la urgencia de la misión (que no permite saludos interminables típicos de la cortesía oriental, so pena de posponer continuamente lo esencial —el anuncio del Reino—); la instrucción de no ir de casa en casa sugiere que la preocupación fundamental de los discípulos debe ser la dedicación total a la misión y no encontrar un lugar más cómodo donde alojarse. Desprovistos de bienes materiales, sin preocuparse por su propio bienestar o seguridad, libres de la ansiedad por cómo serán recibidos, los enviados de Jesús están completamente disponibles para servir al Reino de Dios. Esta será la preocupación suprema que los motivará.

¿Cuál debe ser el mensaje fundamental que los discípulos transmitirán a todos aquellos con quienes se encuentren? Deben comenzar anunciando «paz» (vv. 5-6). El mensaje de Jesús ciertamente no se refiere al saludo habitual con el que los judíos se saludaban («shalom»); Más bien, se refiere al anuncio de la paz mesiánica, la paz que llega a los corazones y a las vidas de los hombres con la irrupción del Reino de Dios. Es el anuncio del nuevo mundo de fraternidad, de armonía con Dios y con los demás, de bienestar, de felicidad (todo lo que sugiere la palabra hebrea «shalom») que, con Jesús, se hará realidad. Sin embargo, este anuncio debe complementarse con gestos concretos de liberación y sanación, que muestren la presencia liberadora del Reino entre los hombres (v. 9).

Las palabras de amenaza a las ciudades que se niegan a acoger el mensaje (vv. 10-11) no deben tomarse literalmente: son una forma muy oriental de sugerir que rechazar el Reino traerá consecuencias nefastas para quienes eligen seguir viviendo en el egoísmo, el orgullo y la autosuficiencia.

En los vv. 17-20, Lucas se refiere al resultado de la acción misionera de los discípulos. Dice, en primer lugar, que «*regresaron llenos de alegría*» y comentando el triunfo del Señor. El reino de Dios sobre el mal (v. 17). La alegría que sintieron los discípulos es la alegría de quienes sienten que colaboran con Dios en la obra de la salvación. Las palabras con las que Jesús recibe a los discípulos describen, figurativamente, la presencia del Reino como una realidad liberadora («*Vi a Satanás caer del cielo como el rayo. A ustedes les he dado poder para aplastar serpientes y escorpiones y para vencer toda la fuerza del enemigo, y nada les podrá hacer daño.*» – vv. 18-19): las serpientes y los escorpiones suelen ser símbolos de las fuerzas del mal que esclavizan al hombre; la «caída de Satanás» significa que el reino del mal comienza a desmoronarse, en conflicto con el Reino de Dios.

A pesar del éxito de la misión, Jesús advierte a los discípulos contra el orgullo por la obra realizada: no deben contentarse con el poder que se les ha confiado, sino con que sus nombres están «*escritos en el cielo*». La imagen de un libro donde están escritos los nombres de los elegidos es común en esa época, especialmente en los apocalipsis (cf. Dn 12:1; Ap 3:5; 13:8; 17:8; 20:12, 15; 21:27). Aquellos cuyos nombres están en este «libro» están destinados a la vida eterna, a la vida verdadera.

La Iglesia nacida de Jesús y que camina con Él es una Iglesia misionera. Su misión es dar testimonio de Jesús en todos los lugares donde debe llegar la Buena Nueva de la salvación. En este episodio del camino a Jerusalén, tenemos un auténtico «manual de instrucciones» para los discípulos de todos los tiempos, enviados al mundo a proclamar la salvación de Dios.

Comentario del texto:

Lucas 10,1: La Misión

- Jesús envía a los discípulos a lugares donde precisamente Él debe ir. El discípulo es el altavoz de Jesús. No es el dueño de la Buena Noticia. Jesús los envía de dos en dos. Así favorece la ayuda mutua, y así la misión no es individual, sino comunitaria. Dos personas representan mejor a la comunidad.

Lucas 10,2-3: La corresponsabilidad

- El primer deber es el de orar para que Dios envíe operarios. Todos los discípulos de Jesús deben sentirse responsables de la misión. Por esto deben orar al Padre, por la continuidad de la misión. Jesús envía a sus discípulos como corderos en medio de lobos. La misión es una tarea difícil y peligrosa. Y el sistema en el que vivían y en el que todavía vivimos era y continúa siendo contrario a la reorganización de la gente en comunidades vivas. Quien, como Jesús, anuncia el amor de una sociedad organizada a partir del egoísmo individual y colectivo, será cordero en medio de lobos, será crucificado.

Lucas 10,4-6: La hospitalidad

- Los discípulos de Jesús no pueden llevar nada, ni bolsa, ni sandalias. Sólo deben llevar la paz. Esto significa que deben confiar en la hospitalidad de la gente. Así el discípulo que va sin nada llevando apenas la paz, muestra que tiene confianza en la gente. Piensa que será recibido y la gente se siente respetada y confirmada. Por medio de esta práctica los discípulos criticaban las leyes de la exclusión y rescataban los antiguos valores de la convivencia comunitaria del pueblo de Dios. No saludar a ninguno por el camino significa que no se debe perder tiempo con las cosas que pertenecen a la misión. Es posible que sea una evocación del episodio de la muerte del hijo de la sunamita, donde Eliseo dice a su criado: “¡Parte! Si alguno te saluda, no le responda!” (2Re 4,29), porque se trataba de un caso de muerte. ¡Anunciar la Buena Nueva de Dios es un caso de vida o muerte!

Lucas 10,7: El compartir

- Los discípulos no deben andar de casa en casa, sino permanecer en la misma casa. Esto es, deben convivir de modo estable, participar en la vida y en trabajo de la gente del lugar y vivir de aquello que reciben en cambio, porque el operario merece su salario. Esto significa que deben tener confianza en el compartir. Y así, por medio de esta nueva práctica, ellos rescatan una de las más antiguas tradiciones del pueblo de Dios, criticando una cultura de acumulación que marcaba la política del Imperio Romano y anunciaban un nuevo modelo de convivencia humana.

Lucas 10,8: La comunión en torno a la mesa

- Los discípulos deben comer lo que la gente les ofrece. Cuando los fariseos iban de misión, iban preparados. Portaban alforjas y dinero para poder procurarse la propia comida. Sostenían que no podían confiar en la comida de la gente, porque no siempre era ritualmente “pura”. Así las observancias de la Ley sobre la pureza legal, en vez de ayudar a superar las divisiones, debilitaban el vivir los valores comunitarios. Los discípulos de Jesús no debían separarse de las gentes, sino al contrario, debían aceptar la comunión en torno a la mesa. En el contacto de la gente, no podían tener miedo de perder la pureza legal. El valor comunitario de la convivencia fraterna prevalece sobre las normas rituales. Obrando así, criticaban las leyes de la pureza que estaban en vigor, y anunciaban un nuevo acceso a la pureza, a la intimidad con Dios.

Lucas 10,9a: La acogida a los excluidos

- Los discípulos deben ocuparse de los enfermos, curar los leprosos y echar los demonios (cf. Mt 10,8). Esto significa que deben acoger para el interior de la comunidad a los que de ella fueron excluidos. La práctica de la solidaridad critica la sociedad que excluye una persona del resto de la comunidad. Y así se recupera la antigua tradición profética del *goël*. Desde los tiempos más antiguos o la fuerza del clan o de la comunidad se revelaba en la defensa de los valores de la persona, de la familia y de la posesión de la tierra, y concretamente se manifestaba cada “siete veces siete años” en la celebración del año jubilar (Lv 25,8-55; Dt 15,1-18).

Lucas 10,9b: La venida del Reino

- Hospitalidad, compartir, comunión en torno a la mesa, acogida de los marginados (*goël*) eran las cuatro columnas que debían sostener la vida comunitaria. Pero a causa de la situación difícil de la pobre-

za, de la falta de trabajo, de la persecución o de la represión por parte de los romanos, estas columnas se habían roto. Jesús quiere reconstruirlas y afirma que si se vuelve a estas cuatro exigencias, los discípulos pueden anunciar a los cuatro vientos: ¡El Reino de los cielos está aquí! Anunciar el Reino no es en primer lugar enseñar verdades o doctrinas, sino llevar a las personas a un nuevo modo de vivir y convivir, a un nuevo modo de pensar y obrar, partiendo de la Buena Nueva que Jesús nos anuncia: Dios es Padre, y, por tanto, nosotros somos hermanos y hermanas los unos de los otros.

Lucas 10,10-12: Sacudir el polvo de las sandalias

- ¿Cómo entender esta amenaza tan severa? Jesús no ha venido a traer una cosa totalmente nueva. Ha venido a rescatar los valores comunitarios del pasado: la hospitalidad, el compartir, la comunión en torno a la mesa, la acogida a los marginados. Esto explica la severidad contra aquellos que rechazan el mensaje. Pero ellos no rechazan una cosa nueva, sino su pasado, la propia cultura y sabiduría. El programa de Jesús a los 72 discípulos tenía la finalidad de excavar en la memoria, de rescatar los valores comunitarios de la más antigua tradición, de reconstruir la comunidad y de renovar la alianza, de rehacer la vida y así hacer de modo que Dios se convierta de nuevo en la gran Buena Noticia para la vida humana.

Lucas 10,17-20: El nombre escrito en el cielo

- Los discípulos vuelven de la misión y se reúnen con Jesús para evaluar todo lo que han hecho. Comienzan a contar. Informan con mucha alegría que, usando el nombre de Jesús, han conseguido expulsar a los demonios. Jesús les ayuda en el discernimiento. Si ellos han conseguido echar a los demonios, ha sido precisamente porque Jesús les ha dado poder. Estando con Jesús no les podrá suceder a ellos nada malo. Y Jesús dice que la cosa más importante no es expulsar a los demonios, sino tener sus nombres escrito en el cielo. Tener el propio nombre escrito en el cielo quiere decir la certeza de ser conocidos y amados del Padre. Poco antes Santiago y Juan habían pedido hacer caer fuego del cielo para matar a los samaritanos (Lc 9,54). Ahora, por el anuncio de la Buena Nueva, Satanás cae del cielo (Lc 10,18) y los nombres de los discípulos samaritanos entran en el cielo. En aquel tiempo muchos pensaban que lo que era samaritano era cosa del demonio, cosa de Satanás (Jn 8,48), ¡Jesús lo cambia todo!

AMPLIANDO CONOCIMIENTOS

Las pequeñas comunidades que se van formando, tanto en Galilea como en Samaria, son en primer lugar “ensayo del Reino”. La comunidad en torno a Jesús es como el rostro de Dios, transformado en Buena Nueva para la gente, sobre todo para los pobres. ¿Es así nuestra comunidad? He aquí algunas señas de la comunidad que se formó en torno a Jesús. Son rasgos del rostro de Dios que se revelan en ella. Sirven de espejo para la revisión de nuestra comunidad:

- i) “Uno sólo es el Maestro y vosotros todos sois hermanos” (Mt 23,8). La base de la comunidad no es el saber, ni siquiera el poder, sino la igualdad entre todos: hermanos y hermanas. Es la fraternidad.
- ii) Jesús insiste en igualdad entre hombre y mujer (Mt 19,7-12) y da órdenes tanto a los hombres como a las mujeres (Mt 28,10; Mc 16,9-10; Jn 20,17). Todos ellos “siguen” a Jesús, desde la Galilea (Mc 15,41; Lc 8,2-3).
- iii) Había una caja común que se compartía con los pobres (Jn 13,29). Este compartir debe alcanzar al alma y al corazón (Act 1,14; 4,32). Debe llegar hasta el punto de que no haya secretos entre ellos (Jn 15,15).
- iv) El poder es servicio. “Quién quiera ser el primero de entre ustedes, será el siervo de todos” (Mc 10,44). Jesús da el ejemplo (Jn 13,15). “No he venido para ser servido, sino para servir” (Mt 20,28). “Estoy en medio de ustedes como quien sirve” (Lc 22,27). “¡Siervos inútiles somos!” (Lc 17,10).
- v) A causa de los muchos conflictos y divisiones, Jesús insiste para que la comunidad sea un lugar de perdón y de reconciliación. No de condena recíproca (Mt 18,21-22; Lc 17,3-4). El poder de perdonar le fue dado a Pedro (Mt 16,19), a los apóstoles (Jn 20,23) y a las comunidades (Mt 18,18). El perdón de Dios pasa por la comunidad. vi) Rezaban juntos en el templo (Jn 2,13; 7,14; 10,22-23). A veces Jesús forma grupos menores (Lc 9,28; Mt 26,36-37). Rezan antes de comer (Mc 6,41; Lc 24,30) y frecuentan las sinagogas (Lc 4,16).

- vi) Alegría que ninguno puede quitar (Jn 16,20-22). “Dichosos ustedes”. Su nombre está escrito en el cielo (Lc 10,20). Sus ojos verán las promesas (Lc 10,23- 24). ¡El Reino es suyo! (Lc 6,20). La comunidad en torno a Jesús sirve de modelo a nuestros primeros cristianos después de la resurrección (Act 2,42-47). La comunidad es como el rostro de Dios transformado en Buena Nueva para la gente.

ACTUALIZACION

+Lucas intenta decirnos, en la catequesis que nos deja en el Evangelio de hoy, que la Iglesia nacida de Jesús es, en esencia, una Iglesia misionera, una Iglesia en salida. Quienes caminan con Jesús son enviados a toda ciudad y lugar adonde él iba para proclamar y proponer la salvación de Dios. Si miramos a nuestro alrededor, podemos ver cuán necesario y urgente es este anuncio. Muchos de los hombres y mujeres con los que nos cruzamos a diario se sienten atados a vidas sin sentido y sin esperanza; navegan por la vida, incapaces de ver más allá de las trivialidades de la vida cotidiana; los valores sobre los que construyen su existencia son efímeros, incapaces de saciar el hambre de eternidad que existe en el corazón de cada persona. Necesitan escuchar la Buena Nueva de la salvación, acoger la paz de Dios en sus corazones, ser sanados de las dolorosas heridas que la injusticia, el mal y la violencia de todo tipo han grabado en sus almas. ¿Somos conscientes de que nuestro nombre está en la lista de los “setenta y dos discípulos” que Jesús envía “a toda ciudad y lugar” donde debe llegar la Buena Nueva de la salvación? ¿Nos preocupa la esclavitud en la que viven tantos hermanos nuestros, o nos limitamos a seguir a Jesús a distancia, cómodamente instalados en una práctica religiosa ritualista, indolora y sin compromiso?

+Los enviados de Jesús no van individualmente, cada uno por sí mismo, sino de dos en dos. El testimonio de la Buena Nueva de la salvación tiene una dimensión comunitaria. El enviado no parte por iniciativa propia para transmitir opiniones personales ni doctrinas propias; no actúa según las normas que él mismo define, sin el conocimiento de la comunidad o en contra de ella; al dar testimonio, no se centra en sí mismo ni se coloca en el centro de atención para que todos lo vean y admiren... El «misionero» de Jesús debe estar en comunión con la Iglesia, dar testimonio de la fe de la Iglesia y asegurarse de que los destinatarios del mensaje conecten con Jesús a través de ella. ¿Qué tipo de testimonio damos? ¿Proclamamos la fe que hemos recibido de la comunidad y que vivimos en comunidad, o imponemos nuestras teorías y visiones personales a los demás? ¿Están Jesús y su Evangelio en el centro de nuestro testimonio, o lo somos nosotros mismos?

+Jesús pide a quienes envía que no lleven «bolsa, ni alforja, ni sandalias» cuando salgan en misión. Esta petición de Jesús puede parecernos excesiva; pero detrás de este exceso hay una realidad ineludible: hay cosas que arrastramos continuamente y que nos impiden prestar atención a lo esencial. Jesús quiere ver a sus discípulos libres, sin «alforja» que los distraiga y los frene, preocupados únicamente por anunciar el Reino de Dios. También quiere que sus discípulos no pongan su esperanza en la seguridad humana, las tecnologías de vanguardia, las estrategias de marketing, la protección de los poderosos ni en los juegos de poder... Fundamentalmente, el discípulo de Jesús confía en Dios, en su bondad, en su amor paternal; confía en el poder renovador y transformador del Evangelio, que es una pequeña semilla sembrada en la tierra, pero que produce fruto abundante. ¿Cómo nos posicionamos al respecto? Llamados a dar testimonio de la salvación de Dios ante nuestros hermanos y hermanas, ¿en qué realidades depositamos nuestra confianza y esperanza?

+ «*Los envío como corderos en medio de lobos*», dice Jesús a sus enviados. Los discípulos, «armados» solo con el poder del Evangelio, a menudo tendrán que enfrentarse a un mundo hostil y agresivo que rechazará el mensaje y ridiculizará las propuestas que anuncian; y serán perseguidos, humillados, maltratados y condenados por las fuerzas de la injusticia, el mal, la mentira y el pecado. A pesar de esto, los discípulos de Jesús deben acercarse al mundo con bondad, gentileza, paciencia, comprensión y amor. La historia ha demostrado muchas veces que cuando los discípulos de Jesús usan los métodos de los “lobos” para tratar con el mundo, pierden toda credibilidad y subvierten la lógica del Evangelio. ¿Cómo reaccionamos nosotros, los discípulos de Jesús, ante la incompreensión y la agresión del mundo?

+El anuncio del “Reino” no se limita a palabras, sino que debe ir acompañado de acciones concretas. “*En cualquier ciudad donde entren..., curen a los enfermos que haya*”, pide Jesús a sus discípulos.

“Curar” es liberar a los hombres y mujeres prisioneros de la injusticia, de la arrogancia de los grandes, de la explotación de los poderosos; “curar” es limpiar, a través del amor, las heridas que han dejado marcas en los cuerpos y espíritus de los que sufren; “curar” es acoger a los despreciados, ignorados y abandonados por la sociedad y las iglesias; sanar es tratar como hermanos a quienes son diferentes, a los inadaptados, a quienes adoptan actitudes o comportamientos poco ortodoxos; sanar es cuidar de cada hombre y mujer que encontramos en el camino de la vida. ¿Nos sentimos enviados por Jesús a sanar las heridas de los hermanos con quienes nos cruzamos todos los días?

+Jesús asegura a sus mensajeros que el testimonio que darán tendrá resultados extraordinarios: *«Vi a Satanás caer del cielo como un rayo. Les he dado poder para pisotear serpientes y escorpiones y para vencer todo el poder del enemigo; nada podrá hacerles daño»*. Quizás podamos concluir de estas palabras que el camino que los discípulos están llamados a seguir será fácil, cómodo, sin dolor, sin crisis ni obstáculos. En realidad, siempre será un camino difícil, duro y exigente, a menudo recorrido entre lágrimas, incomprensiones y persecuciones. Las palabras de Jesús se refieren sobre todo al resultado final: a pesar de la presencia del mal en la historia, en la vida de los hombres y mujeres, y en el mundo, la victoria será de Dios y de sus mensajeros. El mal «caerá», perderá su poder. Del anuncio del Evangelio nacerá un mundo nuevo, un mundo diseñado según el plan de Dios. ¿Creemos esto? ¿Esta certeza nutre nuestra vida y nuestra lucha? ¿Somos testigos de esta esperanza junto con nuestros hermanos desilusionados y desanimados?